

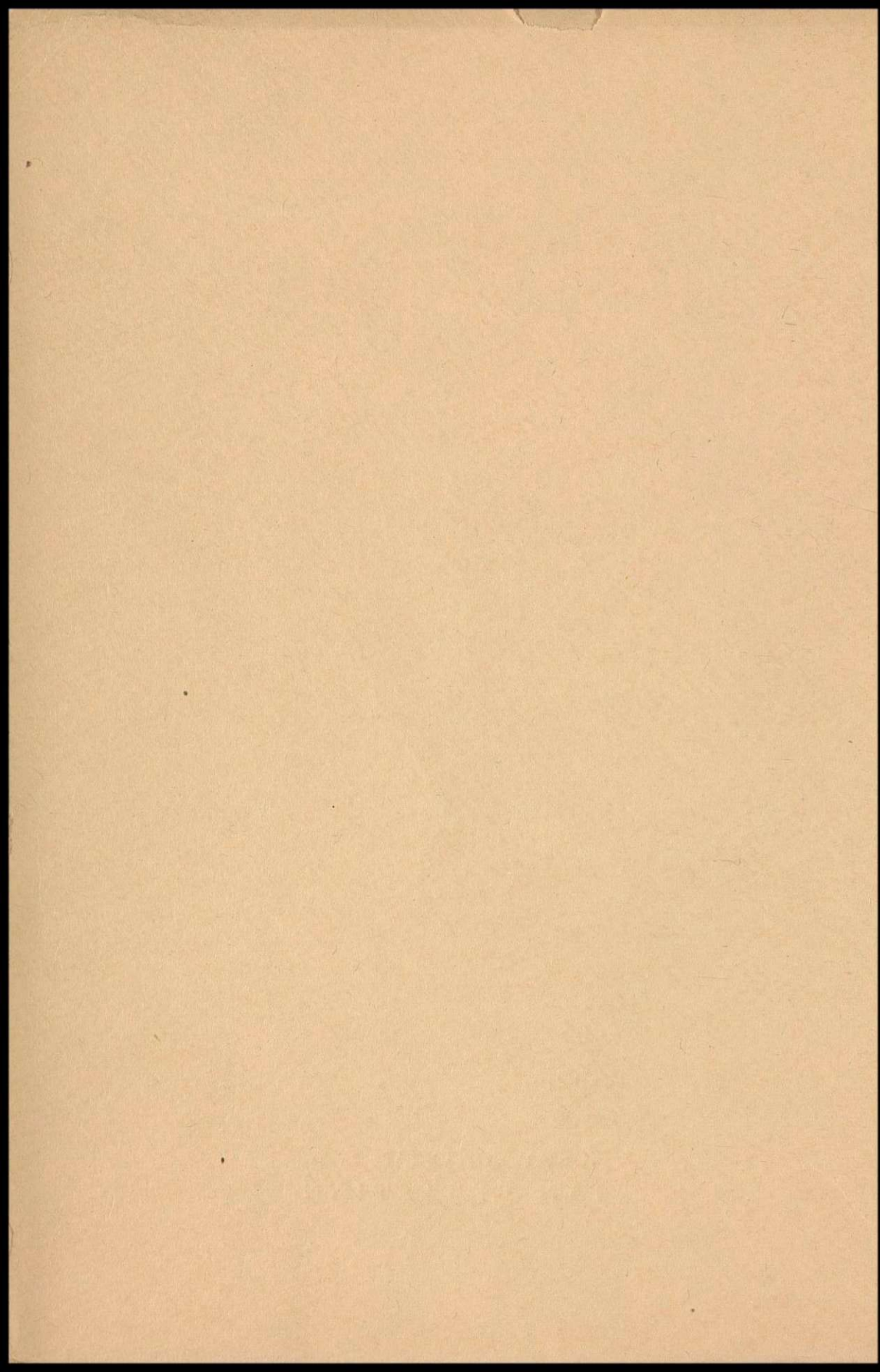
Acad II

Exp-125

DISCURSOS LEIDOS ANTE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
EN LA RECEPCION PUBLICA DE
D. JULIO DE URQUIJO E IBARRA
EL DIA 24 DE NOVIEMBRE DE 1929



NUEVA EDITORIAL, S. A.
SAN SEBASTIAN



R 40787

DISCURSOS
LEÍDOS ANTE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

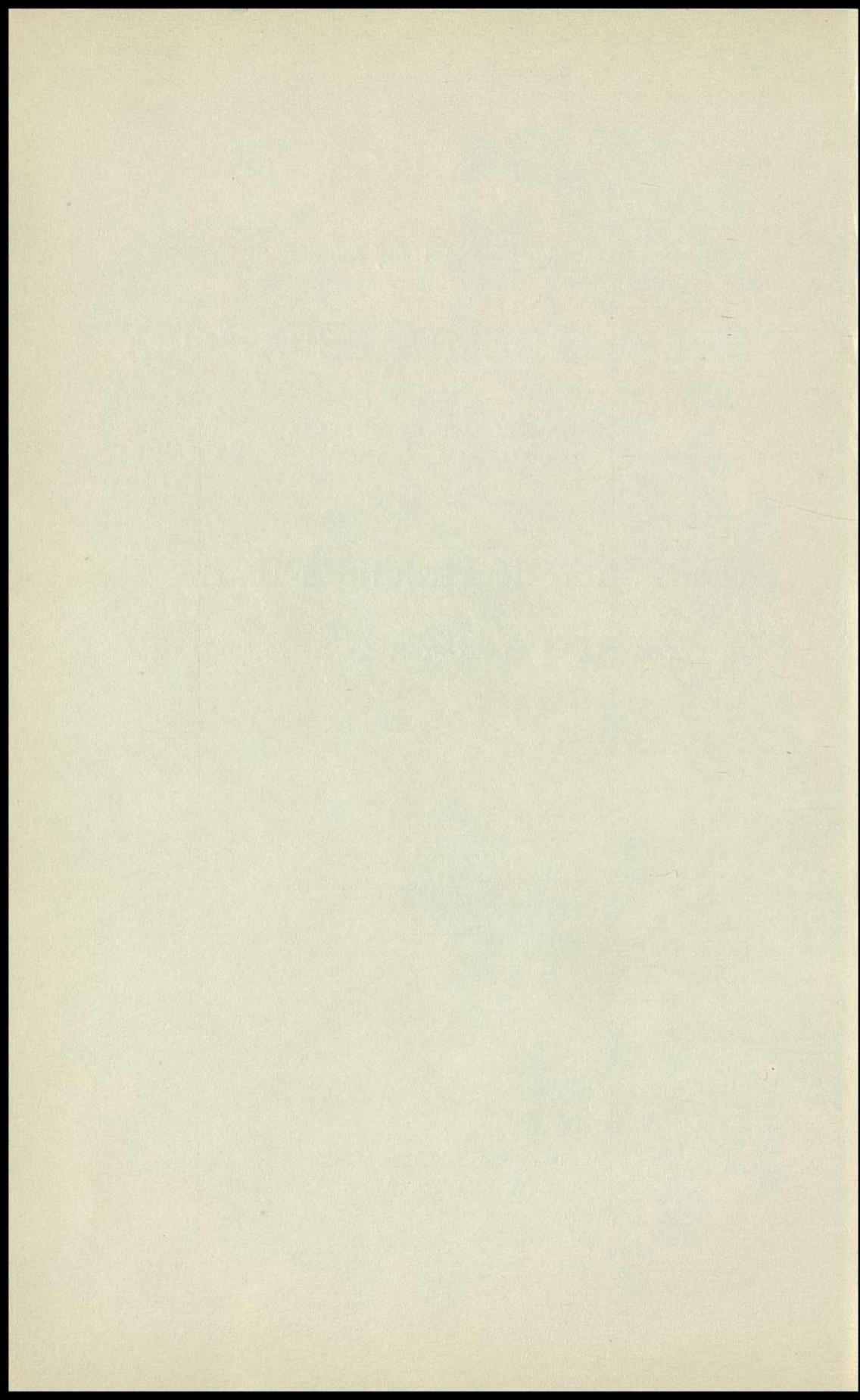
de

Don Julio de Urquijo e Ibarra

EL DIA 24 DE NOVIEMBRE DE 1929



San Sebastián
NUEVA EDITORIAL, S. A.
1929



De algunos problemas de interés general que suscita
el Vascuence

—

Discurso

de

D. Julio de Urquijo e Ibarra

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

CHICAGO, ILL.

1911

D. J. de Lencastre e Ibram

SEÑORES ACADÉMICOS:

Sin alardes de falsa modestia, ni deseo de apelar a recursos retóricos, he de proclamar, ante todo, de manera clara y rotunda, que jamás cruzó por mi mente la idea de que un día pudiera tener el honor de sentarme entre vosotros.

Ni la tradición, ya secular, de esta docta Casa, ni el espíritu y letra de la Real Cédula en que Felipe V la fundara, autorizaban a aspirar a tan alto puesto a quien se hubiera consagrado al estudio del habla más antigua de las conocidas de España. Lo cual no quiere decir que, en vuestra ya larga y brillante historia, no tropecemos con nombres de doctos varones que pretendieran levantar el tupido velo tras del que se ocultan los orígenes de nuestra enigmática lengua regional, ni que hayan faltado siquiera entre vosotros quienes se esforzaran en encauzar su estudio por derroteros científicos y seguros.

Ya en el último tercio del siglo XVIII, uno de los hombres más ilustres y más discutidos de su época, Académico de la Española desde 1802, D. Pedro Rodríguez de Campomanes, proponía a los nobles ca-

balleros vascos de nuestra famosa Real Sociedad Económica de los Amigos del País, la formación de un gran diccionario del vascuence en castellano, encareciendo, antes que Guillermo de Humboldt, la importancia de esta empresa «para facilitar los conocimientos de la antigüedad española y evitar la ignorancia de un idioma que puede conducir mucho a la Geografía y cosas antiguas de la Península» (1).

¡Digna es de mención, en aquel siglo de reñidas luchas entre literatos vascos y *diaristas* (2), en las que, a menudo, tras discusiones acerca de los límites de la antigua Cantabria, se ocultaban entusiasmos fueristas y contrapuestos ideales políticos, esa colaboración pacífica y amistosa del Académico de la Española, con los atildados e inquietos *caballeros vizcaínos*, guipuzcoanos y alaveses!

Fruto de estos loables esfuerzos, fué aquella metódica y bien orientada *Instrucción para la formación de un diccionario de la lengua vascongada*, instrucción (3) generalmente desconocida u olvidada, en la que se proclamaba la necesidad de ciertas investigaciones, sólo realizadas con la debida amplitud en nuestros días. Nada se omitía en aquel meritorio trabajo, que parece redactado en nuestro siglo: ni la debida distinción entre las palabras genuinamente vascas y los vocablos advenedizos, que había, sin embargo, que anotar y aun admitir cuando estuvieran sancionados por el uso secular y la asimilación a la lengua de nuestros antepasados; ni la exploración de todos sus dialectos; ni el estudio de nuestra toponimia y de nuestra onomástica; ni siquiera la proscripción de los neologismos excesivos y mal formados.

Un siglo más tarde, en 1883, otro de vuestros predecesores, D. Víctor Balaguer, ingresaba solemnemente en esta Academia, proclamándose representante de las literaturas regionales (4): y aun cuando hoy debamos rechazar definitivamente como apócrifos el *Canto de Altabiscar* y el *Canto de Lelo o de los Cántabros*, por él citados (5), es de agradecer su noble empeño de poner de resalto el despertar de nuestras literaturas regionales.

Más interés científico que el estudio de la literatura vasca, presentaba, sin embargo, el del origen tenebroso de nuestro pueblo y el de las discutidas conexiones de la lengua vascónica, y así no es de extrañar que un espíritu tan culto e inquieto como el del Padre Fidel Fita, que tan activa parte tomó en vuestras labores, se dejara arrastrar por el atractivo de ese intrincadísimo problema del *euscarismo*, del que dijo Menéndez Pelayo que «hasta ahora no ha salido del dominio de la filología, y que sólo dentro de ella, y por los procedimientos gramaticales de que da Hugo Schuchardt admirable modelo, puede ser resuelto» (6) El sabio epigrafista y Académico de la Española, arrancando de las opiniones históricas del obispo D. Juan Margarit, comúnmente llamado «El Gerundense», y mediante la comparación del vascuence con el georgiano, sostuvo ante la Real Academia de la Historia (7) la afinidad de los iberos orientales y occidentales, tesis tradicional en el País Vasco, enérgicamente combatida en nuestros días por Julien Vinson (8) y otros autores, y que ahora vuelve a resucitar, con nuevos argumentos y diferente método, quizás por estímulos políticos, en la Academia bolchevique de Leningrado. Para el profesor

Marr y su grupo, los vascos somos, en cierto modo, los jaféticos del occidente (9).

Mas no sería justo suponer que sólo entre los académicos ya fallecidos despertara interés el estudio de la lengua vasca: y por ello he de complacerme en recordar que, en fecha reciente, el doctor Alemany insertó en vuestro Boletín un artículo en el que, al examinar un aspecto de nuestro verbo, emitía una opinión respecto al paralelismo de las conjugaciones castellana y vasca (10), que tuve el honor de comentar (11).

Otros señores académicos, como D. Miguel Asín y Palacios y D. Vicente García de Diego (12), investigaron aquellas particularidades de nuestra lengua que más les interesaban en el cultivo de sus respectivas especialidades. Finalmente, vuestro eminente director, el renovador de los estudios filológicos hispánicos, ha contribuído con sus escritos y discursos al florecimiento de las investigaciones vascológicas, propugnando la adopción de métodos objetivos, exentos de fantasía. D. Ramón Menéndez Pidal, a quien tanto debían ya la historia literaria y la lingüística romances, no podía rozar con nuestros estudios sin marcar en ellos huella de su paso. No obstante haberse especializado en el estudio de las lenguas románicas, trató, con su habitual maestría, de problemas relacionados con el vasco, en diversos de sus trabajos, entre los que necesariamente habremos de mencionar sus conferencias de Bilbao (13) y Guernica (14), su investigación sobre las vocales *E* y *O* (abiertas) en los nombres toponímicos (15), y su importantísima obra *Orígenes del Español* (16).

Todos estos trabajos, con excepción del discurso

de D. Víctor Balaguer, se hicieron fuera de esta Real Academia; pero ahora habremos de traer a ella el estudio del idioma vasco, en virtud del Decreto de Instrucción Pública que da entrada en vuestra Corporación a los representantes de las hablas regionales. Permitidme que, al daros las gracias por el honor que me habéis conferido, llamándome a vuestro lado, me congratule de vuestro acierto en la elección de mi compañero D. Resurrección María de Azkue, varón de un entusiasmo y de una laboriosidad tan poco habituales, que ha superado, en la recolección de datos relativos a nuestra lengua, al mismo príncipe Luis Luciano Bonaparte, hasta hace pocos años el más diligente de nuestros investigadores.

Por lo que hace a mi propia elección, no he de ocultaros que hubiera declinado tan alto honor, si no hubiera temido que se diera una interpretación torcida a mi renuncia. Mi carácter de mero aficionado, y la poca valía de mis trabajos personales, me hacen sospechar que únicamente habéis querido premiar mi esfuerzo para agrupar en torno a la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, la labor, en otros tiempos dispersa, de los vascólogos de diversas naciones. Por si así fuera, habré de hacer constar, en este acto solemne, que el mérito de esta publicación se debió a mis colaboradores, y de una manera especialísima al lingüista genial Hugo Schuchardt, cuya afición a nuestros estudios fué tan grande que, repetidamente, me hizo constar que, aun *in articulo mortis*, su estudio predilecto era el de la lengua vasca.

Su nombre inmortal puede ser citado con tanta mayor razón en esta Casa, cuanto que su estudio *Die Cantes Flamencos* (17) debe colocarse entre lo

que mejor se ha escrito acerca de fonética andaluza. Hugo Schuchardt supo, por otro lado, poner orden en las investigaciones relativas a las lenguas de los antiguos iberos y esclarecer influencias recíprocas del romance y vascuence, problemas que, después de todo, son tal vez los que más legitiman la presencia de los académicos vascos en la Real Academia Española.

El Vascuence, señores, por las densas nubes que cubren su origen y progenie; a causa de su persistencia sorprendente ante los embates de las dos lenguas de gran cultura que lo circundan, y debido a su especial estructura y tipo diferente al de los idiomas románicos, presenta problemas de interés general que debe conocer todo hombre culto, sobre todo si es español. Junto a esos problemas de carácter científico, hay otro de orden práctico, que toca más directamente a los vascos, y es el del retroceso cada vez más acentuado de su lengua y el de los medios más o menos adecuados que los naturales de Euskalerría hemos puesto y ponemos para evitarlo.

No se trata de un caso aislado en nuestro continente, sino más bien de un brote del magno problema, agudizado después de la gran guerra, al que alude con su habitual clarividencia el profesor del Collège de France, Antoine Meillet.

Por un lado, el incesante y rápido progreso de los medios de comunicación: el vapor, el automóvil, el aeroplano, el telégrafo y la telegrafía sin hilos, estrechan las relaciones entre los pueblos, acortan las distancias, nos dan la sensación de que la Tierra es

cada vez más pequeña y nos hacen sentir los inconvenientes de las barreras lingüísticas y las ventajas indudables que reportaría la implantación en el mundo de una sola lengua. Por otro, se observa en todos los pueblos, hasta en los más pequeños, un fuerte movimiento de reacción que se traduce en entusiastas y apasionados esfuerzos para conservar sus respectivos idiomas; hasta tal punto, que las modificaciones recientes del mapa de Europa han favorecido incluso el desenvolvimiento de nuevas lenguas de civilización (18).

Por lo que hace al vascuence, los vehementes debates de estos últimos treinta años en torno a su propaganda, su cultivo literario y su unificación, proceden en gran parte del deseo natural y en cierto modo innato en el vasco, de que su idioma tradicional no se borre del mapa de las lenguas vivas. Y es que la cuestión se complica entre nosotros, no solamente por el hecho de que su difusión en ambas vertientes del Pirineo le somete a influencias antagónicas, ora castellanas, ora francesas, sino por la existencia, en un territorio limitadísimo, de ocho dialectos y numerosas variedades dialectales. Por eso se ha supuesto, y hay que reconocer que la suposición no está completamente exenta de base, que, en las circunstancias presentes, una lengua más cultivada y fijada en cierto modo por la literatura, tendría mayor prestigio y estaría mejor armada para la lucha por su existencia, que un idioma, por hermoso que fuese, relegado al hogar de las clases semianalfabetas.

La misión encomendada ahora a esta Real Academia, de formar una gramática y un diccionario de vascuence, ha de poner ineludiblemente a esta docta

Corporación en contacto con esos problemas. ¿Cuál será el dialecto preferido? ¿Se adoptarán varios? ¿Se publicará una gramática comparada de los dialectos vasco-españoles? La más elemental discreción me veda ser hoy más explícito.

Dejado, pues, ese asunto de lado, lo natural sería que estudiara en este discurso algunas de las intrincadas y sugestivas cuestiones en que la gramática éuscara abunda; pero la índole especialísima de esta lengua, tan distante de los romances, y el temor de abusar de vuestra benevolencia, con la exposición de un tema demasiado árido para los no especializados en él, me hacen desistir de mi primer proyecto, y me inducen a tratar, siquiera sea superficialmente, como lo exige la premura del tiempo, de algunos de los problemas de interés más general, a los que aludí en un principio.

El misterio que, según he dicho, rodea al vascuence, explica en parte la curiosidad por él suscitada entre historiadores, arqueólogos, etnógrafos y lingüistas de todos los países; pero ese mismo misterio, y la exuberancia de sus formas gramaticales y, en especial, de las de su tan discutida conjugación, difícilmente adaptables a las clasificaciones de las gramáticas españolas y francesas, tenían que dar necesariamente lugar a hipótesis fantásticas, mientras no se sometiera su estudio a métodos rigurosamente científicos.

¿Cómo extrañarse de que Andrés de Poza (19), Baltasar de Echave (20), Joannes d'Etcheberri (21), el capitán Perochegui (22), el P. Larramendi (23),

Julián de Churruca (24), d'Iharce de Bidassouet (25), Darrigol (26) y otros autores, que después de todo eran autodidactos en materia lingüística, nos hablaran del origen divino del vascuence, de su supuesta condición de lengua primitiva de la humanidad, de la lógica perfecta de su gramática, cuando los gramáticos profesionales de otros países incurrieran en aberraciones similares, y ni admitían, como hoy se admite, la inconsciencia de muchos fenómenos del lenguaje, ni habían caído aún en la cuenta del carácter más emocional que lógico de las lenguas?

Precisamente, uno de los errores que más retrasó el progreso de nuestros estudios, lejos de ser de nuestra invención, nos lo inculcaron los celtistas. Davies, a través de Astarloa, es el verdadero culpable de un erróneo sistema etimológico, seguido hasta una época relativamente reciente entre nosotros. Entretenidos en la quimérica labor de buscar un significado determinado a cada una de las letras del alfabeto, muchos vascófilos dejaron de percibir que la palabra no es la definición lógica, sino el signo del objeto o de la idea que representa.

Mas pecaríamos de injustos si omitiéramos, que a algunos de esos autores, y con ellos a Oihenart, en el siglo xvii (27), y a Zabala, en el xix (28), debemos los rudimentos de nuestro análisis gramatical, y si no recordáramos que Guillermo de Humboldt no hizo, en su tan celebrada obra, más que dar forma científica a hipótesis de autores españoles, como él mismo lo reconoce, al hablar de los «sabios vascongados», que no fueron otros, como es sabido, que Astarloa, Erro y Mogel (29).

El filólogo prusiano encareció ante los centros

científicos de su tiempo la importancia del vascuence para la investigación de los aborígenes de España. Basó su argumentación en la similitud de ciertos nombres de lugares y de personas de la Península Ibérica en la antigüedad, con los nombres actuales. Su trabajo suponía un progreso, porque refutó errores de método y supo conceder al celta y al latín nombres que sus predecesores querían explicar indebidamente por el vascuence: pero incurrió, a su vez, en errores, refutados más tarde por Luchaire (30) y otros sabios. Además, su tesis era exagerada en algunos extremos; pues no hay pruebas suficientes para admitir que el vascuence se hablara en determinadas regiones por él señaladas; pero, a pesar de la opinión contraria de Vinson y de Philipon (31), no pocas de las correlaciones propuestas por Guillermo de Humboldt parecen, aun hoy, fundadas, y como tales las admiten los lingüistas más serios.

Así, por ejemplo, ¿cómo negar relación, según hicieron notar Schuchardt y otros autores, entre *Bigur* y *Ibai-gorri*, «río colorado», cuando ya desde muy antiguo se conocen *Baicorisco* y *Baico (r) rixo*, en significación de «*Dios de Baigorri*»? ¿Cómo no explicar por el vasco nombres como *Urgouri*, *Urgorreta* e *Ibarran*? ¿Cómo no admitir parentesco entre el nombre de río *Illiberis*, citado por Polibio, y el vasco *Iriberry*, «ciudad nueva»? ¡Con razón escribió Wentworth Webster que *Villeneuve* y *Newtown* no son francés e inglés, si *Iriberry*, *Iliberry*, *Uribarri* e *Iria Flavia* no son vascos! ¡Negar estas analogías sería, según se ha hecho ya notar, negar base a toda filología comparada! (32).

Por otro lado, D. Ramón Menéndez Pidal recordó ya en el tercer Congreso de Estudios Vascos de Guernica, que los ilergetes y los cerretanos de Aragón y de Cataluña, ya muy alejados de los antiguos vascones, hablaban una lengua afín a la de éstos, y que más lejos aún, los vascos de Tierra de Campos, hablaban lengua análoga y que análoga era también la de otros pueblos más alejados. Y junto a estos datos, debe recordarse con cuánta razón el Director de la Academia Española calificó en otra ocasión (33) de extraña la hipótesis de Philipon (refutada así mismo por Schuchardt) que separa radicalmente a los éuscaros de los vascones, al mismo tiempo que desechaba la opinión más verosímil, pero también inaceptable, de Schulten, que hace a los vascones ligures. «Lo más prudente es seguir creyendo—añadía el Sr. Menéndez Pidal—que los vascones hablaban una lengua ibérica análoga, a juzgar por los nombres de lugar, a otras habladas en parte de Galicia, de Cataluña o de Andalucía. Este parecer, que me atrevería a calificar de «Humboldtianismo mitigado», es, en efecto, lo más razonable que puede sostenerse respecto a este difícil problema, por lo menos mientras nuevos datos no nos obliguen a abrazar otra hipótesis».

Sea de esto lo que fuere, no deja de ser sorprendente que el famoso viajero y filólogo prusiano no tratara de comprobar la solidez de su tesis, mediante un estudio detenido de las inscripciones ibéricas, o que al menos no se esforzara en poner un poco de orden en las investigaciones de D Juan Bautista de Erro, autor del *Alfabeto de la Lengua primitiva de España* (34), como puso en las de Astarloa. Bien es

verdad, que este problema presentaba y aun presenta una doble dificultad. No sólo la de la interpretación de la lengua o de las lenguas ibéricas, sino la del desciframiento del alfabeto en que están escritas, si bien esta segunda disminuye considerablemente en la inscripción del Plomo de Alcoy (35), cuyos caracteres presentan indudable parentesco con los del alfabeto griego.

El esfuerzo paciente y continuado de diversos investigadores ha logrado, sin embargo, alcanzar cierta certidumbre en la lectura de bastantes de las que nuestros antepasados llamaban «letras desconocidas», y debe considerarse asimismo como un verdadero progreso la similitud establecida por Hugo Schuchardt entre la declinación ibérica, por él reconstituída con paciencia benedictina, y la declinación vasca.

En resumen, diremos con el antiguo profesor de la Universidad de Graz, que la cuestión ibérica puede compararse a aquellos monstruos submarinos de la leyenda, los cuales vistos desde lejos parecen fáciles de dominar, pero que a medida que el belicoso luchador se va aproximando a ellos, amenazan estrujarle entre sus viscosos y fornidos tentáculos, pudiendo al fin darse uno por muy contento si logra cercenarles una pequeña parte de sus brazos.

Y es lo cierto, que el problema, a pesar del progreso indudable de nuestros estudios, aparece a nuestros ojos mucho más complejo y difícil que lo que quizás imaginaban Humboldt y sus contemporáneos; porque aun probado el parentesco del vascuence y el ibérico, no se sigue indefectiblemente la identidad del pueblo vasco con el ibero, pues es in-

dudable que un pueblo puede cambiar, y en muchos casos, ha cambiado de lengua. En una palabra, no cabe identificar los problemas lingüístico, antropológico y etnográfico; o, de otra manera, «la relación histórica entre lengua, pueblo y cultura cambia en alto grado según el lugar y el tiempo y no se deja reducir a fórmulas rígidas» (36).

De hecho, vienen a turbar hasta cierto punto nuestras investigaciones, las de algunos sabios españoles, cultivadores de la antropología y de la prehistoria, al establecer una división esencial entre los almerienses y los pirenaicos, considerando a los primeros como antepasados de los iberos, y a los segundos como antepasados de los vascos (37). Es decir, que si esta hipótesis se confirmara, y se confirmara, por otro lado, como parece probable, el parentesco del vascuence con el ibérico, habría que admitir, puesto que se sostiene que los pirenaicos habitaban nuestras montañas en fecha muy anterior a la venida de los iberos a nuestra Península, que el elemento ibérico que descubrimos en el vascuence es un elemento en cierto modo advenedizo, o que los antepasados de los vascos abandonaron su antigua lengua al adoptar la de los recién llegados iberos.

Todas estas consideraciones, que pudieran inducir a primera vista a descartar el vascuence de las investigaciones acerca de los aborígenes de España, atendiendo exclusivamente a los aspectos antropológico y etnográfico del problema, prueban por el contrario la necesidad de someter la lengua vasca a un estudio metódico y riguroso, para luego comparar los resultados del mismo, con los obtenidos por antropólogos y etnógrafos.

Y desde luego salta a la vista, la conveniencia de que los arqueólogos españoles, que aborden estos problemas, no salgan del campo de sus respectivas especialidades, o que, de hacerlo, adquieran un profundo conocimiento del vascuence; pues no es raro observar que, en las comparaciones de nombres ibéricos con nombres vascos, se toman en cuenta nombres del vascuence actual, de indudable origen latino o románico.

No puede tampoco olvidarse, que muchos vocablos antiguos se perdieron desde una época remotísima, siendo substituídos por otros nuevos, lo que constituye, probablemente, otra de las grandes dificultades para la interpretación de las inscripciones ibéricas. No es por lo tanto razonable comparar el vascuence actual con el ibérico, sin tener en cuenta, hasta donde esto sea posible, la evolución experimentada por nuestra lengua.

La supuesta inmovilidad del idioma vasco, hipótesis a todas luces inadmisible, encarecida por muchos de nuestros antepasados, cegó a alguno de los últimos descifradores de las inscripciones ibéricas.

No cabe negar que la lectura de la inscripción del Plomo de Alcoy causa verdadero asombro a todo oído vasco. Algunas de sus palabras como *garokan*, *bagarok* (38), *seraikala* e *ildu* tienen un extraordinario parecido con formas verbales vascas. *Dadula*, si quisiera decir «que tiene», además de probar el parentesco de la lengua de la inscripción de Alcoy con el éuscaro, sería una confirmación elocuente del genio adivinatorio de Hugo Schuchardt, el cual supuso que el *du* actual procede de un remoto *dadu*, lo

que equivalía a decir que el *duela*, «que tiene», de nuestros días, debió de ser, en otros tiempos, precisamente *dadula* (39).

En el Plomo de Castellón encontramos asimismo vocablos que alguien ha leído *ecusi*, *banekarsie*, de aparente fisonomía vasca; pero pretender, en el estado actual de nuestros conocimientos, dar una traducción literal de estas y de otras inscripciones ibéricas, parece algo utópico e imposible.

En esa semejanza tan grande entre los vocablos ibéricos y vascos citados, y entre otros, como el *irike* del Plomo de Alcoy y el éuscaro *iriki*, veo yo la dificultad de admitir de plano la correspondencia entre unos y otros; pues si el parentesco entre el vascuence y la lengua de la citada inscripción es tan cercano como el parecido entre esos términos induciría a admitir, ¿cómo explicar la ausencia, en la misma, de desinencias que hoy nos parecen consubstanciales con el vascuence y de cuya antigüedad no sería razonable dudar?

Cuantos intentaron traducir las inscripciones de Castellón y Alcoy, fracasaron; y creemos fracasarán cuantos de nuevo lo intenten, mientras no se descubra una inscripción bilingüe, o, por lo menos, mientras no aparezcan nuevos textos ibéricos que permitan nuevos cotejos o comparaciones.

Proclamar, como algunos hicieron, que el ibérico en nada difiere del vascuence, y dar luego por evidente una versión de la inscripción de Alcoy, en la que se acepta una sintaxis diametralmente opuesta a la sintaxis vasca, está reñido con la lógica. Lo seguro en este problema es que no cabe admitir el milagro viviente y perpetuo de que, mientras todas las

lenguas del universo, y en especial las que carecen de literatura, evolucionan, más o menos, el vascuence permanezca, a través de las edades, inmutable e idéntico a sí mismo. Si el sentido común no nos revelara a priori que nuestro idioma regional ha tenido y tiene que transformarse, lo deduciríamos de la existencia de sus ocho dialectos que, en un momento dado, debieron de reducirse sólo a dos, el antepasado del vizcaíno y el de los otros siete dialectos vascos, y en una época mucho más remota constituyeron una única habla.

Mas, aun dejadas de lado estas consideraciones, de orden general, un rápido examen de la lengua vasca nos revelaría algunos de los cambios que ha experimentado en época relativamente cercana, y aún modernísima. Y es que el vascuence tenía que parecerse, indefectiblemente, en esto a las demás lenguas.

La consideración de las alteraciones experimentadas por nuestra lengua regional, bien sean debidas a su evolución interna, bien a influencias de otros idiomas de mayor o menor cultura, con los que se ha hallado en contacto y relación en el curso de la historia, nos lleva insensiblemente a abordar otra ardua cuestión, cuyo interés rebasa también el dominio de los vascólogos. Me refiero a la influencia que el antepasado del vascuence, y las lenguas con él emparentadas, pudieron tener en la formación de los romances peninsulares y en especial del castellano, y a las transformaciones sufridas por el éuscaro, como consecuencia de su convivencia con el latín y algunas hablas neolatinas.

En el siglo XVIII y en buena parte del XIX, nues-

tros antecesores, llevados de su natural entusiasmo, pretendían explicarlo todo por el vascuence. Hoy se ha pecado, en ocasiones, en sentido contrario. Algún autor tuvo, quizás, una visión demasiado unilateral del problema; pero muchas de las etimologías propuestas fueron estudiadas con todo el rigor científico posible.

En todo caso, y sin que osemos predecir lo que el porvenir nos reserva, cuando nuevos hallazgos y comparaciones vengan a enriquecer el caudal de nuestros conocimientos, hay que reconocer que, por el momento, la parte que autorizados romanistas conceden a las lenguas ibéricas y entre ellas al antepasado del vascuence en la formación de los romances peninsulares, es mucho menor que lo que a primero vista pudiera esperarse; pero, en todo caso, en torno a ellas giran las grandes controversias relativas a los orígenes del castellano. Federico Diez sostuvo ya, en su famosa obra, que quedaban pocas huellas de los idiomas anteriores a la conquista romana y que la lengua española parecía haber conservado pocos rasgos del sistema fónico de los iberos (40), problema muy discutido después de él y del que trató con cierta extensión el Sr. Menéndez Pidal en su conferencia del Congreso Vasco de Guernica, sosteniendo que, a pesar de que hoy se tiende a negar ciertas influencias generales de las lenguas ibéricas o de la vascongada en el desarrollo del latín en España, parecen evidentes algunas importantísimas, como lo prueba la *s* apical del castellano frente a la *s* dorsal de los romances no hispánicos, y la confusión de *b* y *v*. Trató asimismo de la discutidísima cuestión de si la conversión de la *f* en *h* es un resto de la foné-

tica ibérica, opinión que hoy está muy en baja (41).

El profesor Meyer-Lübke anotó, por otro lado, en su diccionario etimológico románico (42), buen número de palabras que a su juicio proceden del vasco o del ibérico, y Hugo Schuchardt, a su vez, discutió, con criterio restrictivo, muchas de esas etimologías en la *Revista Internacional de Estudios Vascos* (43). De todos modos, es de esperar que nuevos estudios acerca del léxico regional de España, todavía insuficientemente investigado, permitan resolver en plazo breve estos y otros problemas.

Si pasamos ahora a la segunda parte citada, o sea a las alteraciones más evidentes experimentadas por el vascuence, observamos, desde luego, sobre todo en el lenguaje hablado, una capa moderna, francesa allende y castellana aquende el Pirineo, contra la que tratan de reaccionar nuestros literatos más o menos puristas, llegando algunos de ellos a emplear en sus escritos un tanto por ciento considerable de palabras forjadas. En épocas anteriores se descubren en nuestro idioma elementos románicos, árabes (44), probablemente tomados a través del castellano, germanos (45), latinos (46), griegos, celtas e iberos. Del ligur nada puede todavía afirmarse, por falta de datos (47).

Por lo que se refiere a la gramática, la evolución no es menos evidente. Aun cuando ya en el siglo XVI, época de nuestros primeros documentos literarios algo extensos, el vascuence aparece constituido casi con las mismas características que el de hoy en día, no dejan de observarse en nuestra lengua vernácula, en este corto transcurso de tiempo, alteraciones o, por lo menos, tendencias que favore-

cen su evolución: alguno que otro sufijo que pierde su antigua significación, que pasa a otro sufijo de uso más general; ciertos verbos auxiliares que van cayendo en desuso, o cuyo empleo queda circunscrito a determinados tiempos o modos de la conjugación. Es sobre todo de notar la existencia, junto a una conjugación de perífrasis de tipo románico, que cada día gana terreno, otra sintética, de aspecto más arcaico, que tiende a desaparecer en el pueblo, a pesar de los esfuerzos realizados desde hace treinta años por nuestros escritores para resucitarla. Corresponde más o menos a la primera un participio formado mediante la terminación *tu*, emparentada probablemente con la latina *tus*, y pertenecen a la más antigua los participios terminados en *n* o en *i*.

Por otro lado, cuanto más retrocedamos en el estudio de los textos vascos, y ya hemos dicho que difícilmente podemos retroceder más allá del siglo *xvi*, más parecido encontramos entre los diversos dialectos del éuscaro. En una palabra, hallamos en el vascuence fenómenos similares a los que se han estudiado en otros dominios lingüísticos.

Son tales, no obstante, las reminiscencias que ha dejado la gramática del siglo *xviii*, y de siglos anteriores, que muchos admiradores de nuestra admirable lengua, que antes se extasiaban ante la variedad de sus numerosísimos sufijos y ante la asombrosa riqueza de su conjugación, muestran ahora su desencanto al observar que, dada la unidad que en cierto modo forma el lenguaje humano, de la que brotan las concordancias de los fenómenos lingüísticos que presentan todas las lenguas de la Tierra que se han estudiado hasta ahora, la originalidad del vas-

cuence no estriba en que sea un idioma esencialmente distinto de los demás idiomas, sino en que, como dijo Schuchardt, gérmenes que se encuentran en todas partes, se han desarrollado en él en proporciones y circunstancias muy especiales. Especialidad que no se limita solamente a su morfología, sino que alcanza también a la evolución de sus sonidos, pues, como me hacía observar el célebre Rousselot, a quien tuve ocasión de procurar vascos de diversas regiones para sus experiencias, la vida de un hombre no bastaría para estudiar y esclarecer los curiosísimos problemas que presenta la fonética de las diversas modalidades del vascuence (48). Pero, a pesar de esa concordancia general que, aun dentro de su originalidad, muestra nuestro discutido idioma con las demás lenguas del universo, yo no creo, según dije ya, al comentar un trabajo del Dr. Alemany, que a la estupefacción más o menos ciega de otros tiempos deba sustituir el desencanto, sino la admiración consciente y razonada ante el desarrollo verdaderamente sorprendente de la conjugación vasca, y el interés por la resolución de los problemas de muy diversa índole que nos ofrece una lengua a cuya construcción y perfeccionamiento han contribuido, según observó el sabio profesor Uhlenbeck, tantos y tan diversos períodos de cultura y condiciones mentales. Lo extraño, a mi modo de ver, no es que el vascuence, como siempre ha ocurrido con lenguas que se encontraran en circunstancias parecidas a las suyas, se asimilara numerosos elementos advenedizos, sino que no sucumbiera ante la romanización de la Península Ibérica. No deja, en efecto, de ser verdaderamente sorprendente el contraste

que ofrece la lengua de los vascones con los demás idiomas prerrománicos, ante el hecho de la conquista de la antigua Iberia por los hijos de Lacio. Mientras las demás hablas de la Península retroceden más o menos paulatinamente y acaban por desaparecer, el antepasado del vascuence pierde indudablemente terreno, pero logra salvar su existencia, gracias a su gran poder de asimilación, que le permite adaptarse a las nuevas condiciones de vida y aun renovarse incesantemente.

Su sagaz instinto lingüístico y su conocimiento de las lenguas, llevó al Sr. García de Diego a dar un golpe certero, al señalar, como el carácter más saliente del vascuence, su vitalidad. Todo el que, libre de prejuicios, haya meditado sobre estas cuestiones, se verá obligado a proclamar, con el docto académico, que «el vascuence es en este sentido una lengua excepcionalmente productiva, una lengua viva por excelencia» y que «por una singular paradoja, este idioma, que tanto arraigo muestra a la tradición multiseccular, es entre los que le rodean el que con más libertad innova y produce nuevos elementos».

Es tan grande, en efecto, su poder de asimilación, y esa «vitalidad germinativa», de que nos hablaba el Sr. García de Diego, que el vascuence está lleno de elementos en otros tiempos advenedizos, que hoy son incluso elementos gramaticales que han llegado a formar parte de lo más íntimo de su ser. Lejos de constituir un defecto, como algunos de mis paisanos supusieron, este «carácter saliente» aumenta, a mi juicio, el valor del vascuence y acrece el interés por su estudio.

Sea de ello lo que fuere, como hice ya observar en otra ocasión (49), a la lengua vascónica, reflejo del estado social ibérico-aquitánico, no le quedaban, al parecer, al contacto con la religión, cultura y lengua romanas, más que dos soluciones: sucumbir, como habían sucumbido sucesivamente las demás hablas prerrománicas de la Península, o latinizarse, es decir, asimilarse los términos o expresiones de la nueva cultura. Optó, afortunadamente, por la segunda, y no hemos de echárselo en cara a nuestros antepasados, que ni la ignorancia ni la rudeza de los tiempos permitían otra solución más halagüeña, cual hubiera sido la de extraer del fondo tradicional de la lengua los neologismos exigidos por el nuevo estado de cosas.

Así, poco sabemos, por ejemplo, del léxico religioso vasco prerrománico; pero no puede negarse el carácter latino del actual. A pesar del conocido texto de Estrabón, en el que nuestros antepasados se apoyaron durante más de tres siglos para hablarnos del monoteísmo de los vascos, textos de otros autores, y razones de orden arqueológico, etnográfico y lingüístico, nos obligan a admitir su antiguo politeísmo y la existencia de cultos naturistas. Como hizo observar el presbítero Sr. Barandiarán, correspondiente de esta Real Academia, en un Congreso de Etnología religiosa de Bélgica, el hecho de que se encuentren con frecuencia ermitas cristianas junto a estaciones prehistóricas y que algunas de ellas aparezcan construídas sobre un dolmen o un túmulo de la primera edad de los metales, hace probable la hipótesis de que con esas construcciones se trataba de borrar las huellas de antiguos cultos paganos (50). En todo

caso, al antiguo *Urci*, nombre en el que los vascos confundían las ideas de divinidad, cielo y trueno y a otros dioses indígenas cuyos nombres figuran en las piedras y altares consagrados a divinidades locales y que, como notaron varios autores, tienen un marcado matiz vasco, vino a sustituir el, relativamente, moderno *Jaungoikoa* (con sus variantes *Jainko*, *Jinko*, etc.) calco, o por lo menos reflejo, de una expresión cristiana: *In excelsis Deo*. Al diablo se le llama en vascuence *deabru*, *debru*, a veces *gaiṛkin*, «el malhechor»; otras *aindurati*, «el maldiciente»; pero en los *Refranes y Sentencias en vascuence*, precioso libro impreso en Pamplona en 1596, en el que figuran, por cierto, bastantes palabras hoy caídas en desuso (51), aparece el vocablo *tusuri*, «diablo», que Schuchardt relacionó con el demonio galo *dusius*, de que hablan San Agustín y San Isidoro. Pero esos mismos nombres de dioses y demonios vascos antiguos, cuyo recuerdo no perdura ya en la casi totalidad de los casos en nuestro pueblo, fueron sustituidos poco a poco por el léxico cristiano, más o menos desfigurado por su asimilación a la fonética éuscara (52) y el cual, así como la predicación cristiana de siglos posteriores, puede considerarse como uno de los factores que más contribuyeron a la romanización del vascuence.

Es verdaderamente pasmoso el descuido con que se hicieron las traducciones al éuscara de casi todos los libros de piedad anteriores a nuestros días.

Otro ejemplo curioso, más que de romanización del léxico, de acomodación a una nueva división del tiempo, lo encontramos en la semana vasca. Esta, al parecer, constaba únicamente de tres días, puesto

que los nombres vascos equivalentes a lunes, martes y miércoles (*astelen*, *astearte* y *asteazken*) quieren decir, etimológicamente, «principio de semana o tiempo», «entre semana», y «fin de semana». Para amoldar su división en tres días a la semana, o semana de siete días, los vascos conservaron sus tres nombres citados, para los tres primeros y formaron otros para los restantes. Sirviéronse en este caso del fondo tradicional de su léxico, calcando a veces el nombre latino con elementos propios. Así, nuestro *ortzegun*, *ostegun*, «día de Dios, del cielo o del trueno», expresaba una idea demasiado parecida a la del *Jovis dies*, para que pueda rechazarse toda relación entre la palabra vasca y la latina. En otros días de la semana, junto a los nombres al parecer vascos, *larunbat*, «sábado», e *igande*, «domingo», existen los préstamos *zapata* (*sabbatum*) y *domeka* (*dominica*), de cuya procedencia extraña al fondo tradicional del idioma no puede dudarse. En los nombres de los meses, como en los de los días de la semana, existen a veces los de tipo netamente vasco y que se refieren a particularidades de las diversas estaciones del año, o a las épocas en que se realizan diferentes labores del campo, y los préstamos tomados al latín o a algunos de los romances (53).

La romanización influyó mucho menos en la numeración vasca, pues ésta sigue siendo una combinación de los sistemas vigesimal y decimal y no contiene más que algún raro vocablo latino, si bien se han señalado en ella algunos préstamos tomados a lenguas antiguas (54).

En el léxico vasco relativo a las labores e instru-

mentos del campo (55), a las plantas (56) y animales (57), a los metales (58), a la indumentaria (59), a las armas (60), a los deportes y juegos (61), encuentra, no solamente el vascólogo, sino también el romanista, abundante y sugestiva materia de estudio y meditación. La falta de uniformidad del vocabulario vasco en las diversas regiones de Euskal-erría, que en muchos casos varía de dialecto a dialecto, y aun a veces de pueblo a pueblo, es una rémora para la resolución de los problemas de orden práctico a que antes he aludido; pero, en cambio, ofrece ancho campo de investigación al lingüista y al etnógrafo. Como prueba del extraordinario número de sinónimos que existen en vascuence, baste recordar que se han recogido más de cien nombres de la mariposa (62) y que en una somera rebusca que realicé yo mismo, a ruego de Hugo Schuchardt, hallé que, incluyendo las variantes, pasan de treinta los del juego de tabas (63). Entre ellos los hay de muy diversa procedencia, como ocurre en otras secciones del léxico éuscaro.

Solamente la preparación de cuestionarios muy minuciosos y detallados, y la publicación de un Atlas Lingüístico de la Península Ibérica, permitirá el estudio comparado del léxico ibérico actual, en el que se podrán descubrir las diversas corrientes de civilización que en él han influído, las luchas de unas hablas y aun de unas palabras con otras, los desplazamientos de vocablos, su evolución y cruzamientos. La urgencia de ese género de trabajos es tan grande en España y fuera de ella para formar el inventario lingüístico del mundo, antes de que desaparezcan algunas hablas locales de grupos peque-

ños, incapaces de resistir la arrolladora avalancha de algunas lenguas de gran civilización, que el Primer Congreso de Lingüistas, celebrado en La Haya en 1928, decidió recordar a los principales Gobiernos y a la Sociedad de Naciones el deber en que se hallan de organizar un estudio tan completo como sea posible de las lenguas y dialectos de todos los territorios que dependan de ellos (64). Por lo demás, la necesidad de Atlas lingüístico-etnográfico del País Vasco es tanto mayor, cuanto que en el citado Congreso se concedió especial importancia al estudio del vascuence en el momento presente. En efecto, aun descartados de esta lengua todos aquellos materiales explicables por su contacto o comercio con pueblos de otros idiomas conocidos y estudiados, queda un importantísimo elemento irreductible, sobre cuyo origen y conexiones se discute. El interés de este problema rebasa, no solamente nuestros límites regionales, sino aun las fronteras de España y Francia, porque se halla ligado al de los orígenes lingüísticos de Europa. De ahí la importancia que se le ha concedido y que encareció el presidente del citado Congreso de La Haya, profesor Uhlenbeck. No hay, quizás, familia lingüística con la que no se haya querido emparentar el vasco. Primero se le hizo descender del hebreo (65) y más tarde se ha pretendido relacionarle con el celta, el etrusco, el ligur y el japonés, con el indo-europeo, con las lenguas americanas, con las ugro-finesas y con otras más. Varias de esas y otras hipótesis, que alternativamente estuvieron en boga, van cayendo en des crédito. Alguna de ellas, como la japonesa, aunque tal vez antigua (66), quizás no tuvo más base que

cierto parecido en la sonoridad de algunas voces vascas y japonesas, de diferente sentido en casi todos los casos, y algún cuento de sobremesa. Estuvo muy en moda, según referí en otra ocasión, hace algunos años, con motivo de la vuelta al país vasco francés de Monseñor Mugaburu, Obispo de Tokio. El celoso misionero no la tomó probablemente nunca en serio; pero es lo cierto que se complacía en contar en los banquetes organizados en su honor por sus coterráneos, que le había sido casi innecesario estudiar el japonés, porque se entendía con los nipones en vascuence.

Todo esto dió lugar a un incidente cómico. Después de la guerra ruso-japonesa, un barco de guerra del país vencedor llegó a San Sebastián. Unos cuantos donostiarras avispados quisieron darse cuenta por sí mismos del fundamento de la hipótesis vasconipona, cada día más en boga. Visitaron el citado buque, hablaron en su lengua materna, y no solamente se les comprendió, sino que dos marineros de aquél contestaron a sus preguntas en correcto vascuence. La explicación de este curioso hecho era, sin embargo, muy sencilla. El capitán había dado orden a dos marineros vascos, alistados en la marina japonesa, de que recibieran a los españoles que visitaran el barco.

Por lo demás, ni la lengua japonesa moderna, ni sus documentos antiguos han sido estudiados en forma tal que pueda hablarse con seguridad de sus parentescos lejanos.

Tan falta de base sólida como la anterior está la hipótesis vasco-etrusca, a la cual, sin embargo, se ha tratado de hacer cierto reclamo en la Prensa. Aun

el mismo profesor Trombetti, al que ciertamente no puede acusarse de timidez en sus conclusiones, sitúa al etrusco en una capa lingüística diferente a aquella en la que coloca al vasco (67).

Ya Guillermo de Humboldt fijó su atención en el parecido que existe entre algunos fenómenos que se observan en el vascuence y en varias lenguas indígenas americanas, pero sin deducir de tal semejanza parentesco entre aquél y éstas (68). Autores posteriores, como Pruner Bey y el vizconde de Charencey, trataron de demostrar un parentesco genealógico entre las lenguas dichas, parentesco que hoy se desecha, porque aunque trabajos modernísimos han confirmado cierto paralelismo entre la conjugación vasca y la de algunas lenguas americanas (69), ese fenómeno se explica, sin necesidad de parentesco real, por la unidad que existe en el espíritu y lenguaje humanos.

En otras hipótesis, como por ejemplo la vasco-ugro-finesa, lo que se comparaba, a veces, sin darse cuenta de ello, no era lo que había de más antiguo en esas lenguas, sino los préstamos que respectivamente habían tomado del latín (70).

Pero aun desechadas algunas de esas y otras hipótesis, como la de la interpretación de las inscripciones de los Pictos, abandonada por su propio autor (71), queda todavía en pie el probable parentesco del vasco con el camítico y con el semítico, aun cuando no sea fácil decir de qué clase de parentesco se trata. La mayor dificultad estriba, por el momento, en que no se ha hecho todavía la gramática comparada camítico-semítica, si bien se admite el parentesco entre estos dos grandes grupos.

Schuchardt creía que el vascuence se acerca más al primero que al segundo, y Trombetti se inclina por la inversa. El mismo profesor italiano lo declara en términos explícitos: «Sempre ho considerato il Basco come intermedio tra il Caucasicco e il Camitico, ma più vicino a quello che a questo, mentre Schuchardt è propenso a ritenere che il Basco sia più affine al Camitico» (72).

Alguien podría extrañarse de que un romanista de la talla de Schuchardt se decidiera a publicar al fin de su vida trabajos como *Nubisch und Baskisch* (73) y *Baskisch und Hamitisch* (74), entrando en un terreno tan difícil y movedizo como el de los parentescos de lenguas de diferentes grupos o familias. El antiguo profesor de Graz, por cuyas venas corría sangre alemana y francesa, unía a la profundidad de pensamiento y método germanos, la inspiración y el genio latinos.

Atento siempre al dato concreto, y poseedor en cada caso de una información minuciosa y tan completa como le fuera posible, nunca perdía de vista las ideas generales y los grandes problemas. Una cuestión le atraía tanto más, cuanto más difícil fuera. Todavía joven, publicó su célebre obra *Vocalismus des Vulgärlateins*; estudió después las lenguas neolatinas; más tarde, el elemento latino y románico que se encuentra en el albanés, en el céltico, en el vasco y en otras muchas lenguas. Se proponía investigar a fondo los parentescos del vascuence; pero otros trabajos, y el retraso en la publicación del anunciado diccionario castellano vasco de Azkue, le impidieron realizar su proyecto.

Al sentir cercana la muerte, se decidió a volcar

en *Baskisch und Hamitisch* su cesto de materiales, que él no tenía tiempo de ordenar, ni de completar, para que otros pudieran utilizarlos. Aunque romanista, y romanista del siglo XIX, el autor de *Baskische Studien*, una vez constituída la gramática comparada de las lenguas románicas y la del indo-europeo, sentía la urgencia de que se abordaran los problemas del parentesco de los grandes grupos lingüísticos, y en esas investigaciones ha de desempeñar un papel importante el vascuence.

Ese mismo sentir se exteriorizó en el Primer Congreso de Lingüistas, de La Haya (75).

Mi compañero, D. Resurrección María de Azkue, en frases sentidas y elocuentes, que tuvieron eco fuera de esta Real Academia, os hablaba de un problema de cultura popular en nuestras provincias, relacionado con el vascuence. Su resolución es de urgencia, pues nunca fué debidamente tomado en cuenta, a pesar de haberse fijado en él, desde el siglo XVIII, algunos de nuestros escritores. Junto a ese problema, existe otro, de alta cultura, que tampoco debe ser abandonado: el de la conveniencia de que nuestros centros universitarios presten cada vez más atención a las investigaciones relativas a las lenguas que se hablan o se hablaron en España y sus antiguos dominios, y colaboren, por medio de sus especialistas más eminentes, en la labor de los futuros Congresos Lingüísticos.

NOTAS

(1) Véanse los *Extractos de las Juntas generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la Villa de Vergara por septiembre de 1773*. Vitoria. Por Tomás de Robles y Navarro, págs. 106-108: los *Extractos de las Juntas... en la Ciudad de Vitoria por septiembre de 1774*, págs. 82-83 y los *Extractos de las Juntas... en... Bilbao por septiembre de 1775*, pág. 118.

(2) Sabido es que el P. Larramendi les combate en el *Prólogo* de su famoso *Diccionario Trilingüe* (San Sebastián, 1775), obra que, aunque hoy está muy anticuada, es a veces útil al romanista, por haber excluído intencionadamente el Sr. Azkue de su léxico muchas palabras de origen románico.

Puede decirse que, en nuestra *Sociedad Económica* del XVIII, el Conde de Peñaflores era el que llevaba la dirección del movimiento vascófilo, distinguiéndose entre sus miembros dos tendencias: la de los que solamente mostraban interés por el estudio científico del vascuence, y la de los que ya entonces entendían que esta lengua debía llevarse a las escuelas, por considerar antipedagógico enseñar a los niños en un idioma que no les era familiar.

(3) Se halla ésta en los *Extractos de las Juntas... en... Bilbao, por septiembre de 1782*, págs. 89-105. En mi colección de documentos que pertenecieron al Conde de Peñaflores y a la *Real Sociedad* por él fundada, hay también

algunos manuscritos relativos al mismo asunto. Los Amigos del País no llegaron a publicar su proyectado diccionario vasco, pero en los *Extractos* se habla del que compuso uno de ellos, D. José María Aizpitarte, que hoy se conserva, inédito, en el Archivo de Loyola.

(4) *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer...* Madrid, 1883.

(5) D. Víctor Balaguer reprodujo en su *Discurso* el primero de ellos, tomándole del *Cancionero Vasco* de MANTEROLA y advirtiéndole que aún no se había dicho la última palabra sobre su antigüedad más o menos remota, ni sobre la del *Canto de Lelo o de los Cántabros*. Sabido es, que el Canto de Altabiscar fué compuesto en francés y traducido al vascuence a mediados del siglo XIX. Acerca del *Canto de Lelo*, cuya bibliografía es muy extensa, véanse mis trabajos: *La Tercera Celestina y el Canto de Lelo*, París, 1911, y *La Crónica Iburgüen-Cachopin y el Canto de Lelo* (en la *Rev. Int. de Estudios Vascos*).

(6) *Historia de los Heterodoxos españoles*, segunda edición, tomo I, pág. 506.

(7) *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del R. P. Fidel Fita y Colomé...* Madrid, 1899.

(8) *La question ibérienne* (Ext. fact. du Congrès scientifique de France) 1873.—*La question ibérienne*. (*Rev. de ling. et de philolog. comparée*. 1894).

(9) Además de algunos trabajos en ruso, como *Jafeticeskaja teorija*, Moscou, 1924, y *Po etapam razvitija jafeticeskaja teorija*, Moscou-Leningrad, 1926, NICOLÁS MARR ha publicado *Origine japhétique de la langue basque* (*Notice préliminaire rédigée conformément à l'état actuel du développement de la théorie nouvelle*); *Le terme basque udagara «loutre»* (*Recueil Japhétique*. I); *Postface* (*Recueil Japhétique*. III), etc. El profesor ruso se ha limitado hasta ahora a comparar algunas palabras y a exponer su teoría sin darnos una prueba metódica de la misma. Véanse las juiciosas observaciones que hacen a los menciona-

dos escritos, VENDRYES (*Revue Celtique*, 1924) y ANTOINE MEILLET (*Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 1925 y 1927).

H. JAKOVLEV se proponía leer en el Congreso de lingüistas de La Haya una conferencia acerca de los *Principes de la classification des formes de la conjugaison dite objective (relative), basés sur les matériaux des langues tchetchene, abaze, georgienne, mordvine, basque, etc., en vue du problème de l'origine des formes verbales*. Tuvo que desistir de su propósito por motivos de orden político.

(10) *La naturaleza del verbo vascuence. Los Vascos conciben como paciente el sujeto del verbo intransitivo*. (*Boletín de la Real Academia Española*, 1927, págs. 52-81).

(11) *El vascuence en el «Boletín de la Real Academia Española»*. Un aspecto de la conjugación vasca. (*Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1827).

(12) *Cruzamiento de palabras* (*Revista de Filología Española*) y *Contribución al Diccionario Hispánico Etimológico*. (Anejos de la *Revista de Filología Española*.)

(13) *Curso de Lingüística. Introducción al estudio de la lingüística vasca*. Barcelona, 1921.

(14) *Tercer Congreso de Estudios Vascos. Influjo del elemento vasco en la lengua española*. San Sebastián, 1923, págs. 27-31.

(15) *Sobre las vocales ibéricas E y O (abiertas) en los nombres toponímicos*. Madrid, 1918. Véase sobre el mismo asunto, HUGO SCHUCHARDT (*Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1919) y MENÉNDEZ PIDAL (en la misma revista, 1920).

(16) *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*. Madrid, 1926.

(17) *Die Cantes Flamencos* (*Zeitschrift für romanische Philologie*, 1881, págs. 249-322).

(18) A. MEILLET: *Les langues dans l'Europe Nouvelle*, París, Payot & Cie., 1918.—La segunda edición, con un apéndice de L. Tesnière acerca de la Estadística de las lenguas de Europa, es de 1828. Cf. *Lengua internacional y lenguas nacionales*, conferencia por JULIO DE URQUIJO.

(19) El licenciado orduñés Andrés de Poza, cuyas eti-

mologías vascongadas son a todas luces inadmisibles, sostuvo en el capítulo XII de su libro *De la antigua lengua, poblaciones y comarcas de las Españas*, Bilbao, 1587, que «la lengua Vascongada no es menos sustancial y philosophica, que las más elegantes de Europa»; pero sin incurrir en muchas de las fantasías y exageraciones de autores posteriores.

(20) No creo sería difícil hallar las fuentes principales del rarísimo libro (reproducido zincográficamente por el Sr. Zabalburu) del vascófilo y pintor zumayano BALTASAR DE ECHAVE: *Discursos de la antigüedad de la lengua Cantabra Bascongada* (México, 1607). Bastantes de sus noticias y apreciaciones, más o menos legendarias, se encuentran ya en los escritos que recogieron Ibargüen y Cachopín, y que sirvieron para formar la famosa Crónica que hoy pertenece a la Excma. Diputación de Vizcaya.

(21) Aun cuando Menéndez Pelayo le incluyó entre los filólogos españoles, fué, en realidad, vasco francés, pues nació en Sara (Labort). Gran parte de la fama que adquirió el P. Larramendi con la publicación de *El Imposible vencido* (1729) y el *Diccionario Trilingüe* (1745) hubiera recaído en Joannes d'Etcheberry, si el *Bilçar de Labourd* no se hubiera negado en 1727 a publicar sus escritos. No hay seguridad de que el diccionario cuatrilingüe, que consta compuso, sea el que señaló E. S. Dodgson; pero hace años publiqué el resto de sus trabajos con el título de *Obras vascongadas del doctor labortano Joannes d'Etcheberry* (1712), París, 1907. El escritor vascófilo de Sara ejerció la medicina en Navarra y Guipúzcoa y españolizó su nombre, haciéndose llamar «Doctor Juan de Echeverría». Tanto sus *Rudimentos vascos*, como sus *Rudimentos vascos para aprender latín*, están escritos en hermoso vascuence labortano. Esta segunda obra contiene numerosas formas verbales sintéticas, hoy en desuso, que él anotó, autorizándolas con los nombres de autores vascos antiguos que las habían empleado.

(22) *Origen y antigüedad de la lengua Bascongada y de la Nobleza de Cantabria*, Barcelona, 1731. Defiende que

el vascuence fué, no solamente la lengua originaria de toda España, sino la primitiva de la humanidad. Lo más curioso del caso es que Fr. Miguel Bonifacio de Azanza, censor de la edición de 1760, apoya en su «Aprobación» la tesis del libro, basándola en etimologías no menos fantásticas que las del Teniente-Provincial de Artillería y Comandante de la del Reino de Navarra.

(23) Tanto el *Diccionario Trilingüe* como *El Imposible vencido, Arte de la Lengua Bascongada*, adquirieron gran difusión en su época y se encuentran, aun hoy en día, en las principales bibliotecas de Europa.

(24) Hablé de él y de su obra inédita *Lauroguei* en mi conferencia del Congreso de Estudios Vascos, de Oñate.

(25) *Histoire des Cantabres*, París, 1825.

(26) *Dissertation critique et apologétique sur la langue basque, par un ecclésiastique du diocèse de Bayonne*, Bayonne (1827).

(27) Véase *Oihenart contra Garibay y Morales*, artículo del profesor SAROIHANDY, en la *Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1922.

(28) *El verbo regular vascongado del dialecto vizcaíno*, San Sebastián, 1848. Su autor, FR. JUAN MATEO DE ZAVALA, no incurrió en las fantasías ni exageraciones de sus predecesores y se limitó a anotar y describir el vascuence de su tiempo, sin proponer hipótesis aventuradas. El vascólogo holandés van Eys utilizó bastante el libro del fraile vizcaíno al componer su *Grammaire comparée des Dialectes Basques*, París, 1879, a pesar de lo cual le censuró, a veces injustamente. Por lo demás, el Jonkheer W. J. van Eys y el Príncipe Luis Luciano Bonaparte contribuyeron a dar una orientación científica a nuestros estudios, pues, aun cuando los trabajos del segundo no adquirieron difusión en nuestro país, sus resultados fueron conocidos por la *Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara*, de D. ARTURO CAMPIÓN, Tolosa, 1884, obra aun útil, no obstante el largo tiempo transcurrido desde su publicación. HUGO SCHUCHARDT, en *Baskische Studien* (Viena, 1893) y en otros numerosos trabajos, y C.-C. Uhlenbeck

renovaron en muchos puntos los estudios relativos a nuestra gramática y léxico, tomando con frecuencia por base de los mismos el *Diccionario Vasco-Español-Francés*, de AZKUE, que ha facilitado y facilitará el progreso de la lingüística vasca. Pocos años más tarde, Luis de Elizalde publicó su *Morfología de la Conjugación Vasca Sintética* que, como él mismo lo reconocía, fué más bien un intento de reconstrucción de la misma que un estudio lingüístico basado en el habla popular y en los textos vascos. El autor perteneció a la escuela reformista de Arana-Goiri, la que más influjo ejerció en los escritores vascos de fines del XIX y primeros años del XX. En la actualidad, el romanista y vascólogo M. Gavel prepara una tirada aparte de su excelente *Grammaire Pratique de la Langue Basque*, que ha salido a luz en la revista bayonesa *Gure Herria*. Las tres principales obras de bibliografía vasca son la *Biblioteca del vascófilo*, por D. ANGEL ALLENDE SALAZAR, Madrid, 1887; el *Essai d'une Bibliographie de la Langue Basque*, París, 1891; *Complément et Supplément*, 1828, de JULIEN VINSON, y el *Catálogo de obras euskaras*, de G. DE SORARRAIN, Barcelona, 1891, basado en las investigaciones de Allende Salazar y Vinson.

El movimiento vascológico anterior a 1907 puede estudiarse principalmente en *Euskalerrria*, revista fundada en San Sebastián por D. José Manterola, en 1880; en la revista *Euskara, organ für die Interessen der Baskischen Gesellschaft*, de K. HANNEMANN, y TH. LINSCHMANN (Berlín, 1886) y en la *Revue de Lingüistique et de Philologie comparée* (París, 1867). En *Zeitschrift für romanische Philologie*, en *The Academy* y en otras muchas publicaciones científicas extranjeras hay también trabajos importantes de lingüística vasca. En 1907, fundé, con la colaboración de Georges Lacombe, la *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, impresa sucesivamente en Francia, Alemania y España, y en fecha posterior aparecieron *Euskal-Esna-lea, Euskal-erriaren-alde* (San Sebastián) y *Gure Herria* (Bayona).

(29) En el prólogo a su *Prüfung der Untersuchungen*

über die Urbewohner Hispaniens vermittelt der Vaskischen Sprache, Berlín, 1821. Acerca de las relaciones que el filólogo prusiano mantuvo con los vascófilos vizcaínos trae curiosas noticias Arturo Farinelli en *Guillermo de Humboldt y el País Vasco*, San Sebastián, 1925. Procuré completarlas en *La Crónica Iburgüen-Cachopin* y el *Canto de Lelo*.

(30) *Les origines linguistiques de l'Aquitaine*, Pau, 1877. *Etudes sur les Idiomes pyrénéens de la région française*, París, 1879.

(31) *Les Ibères, étude d'histoire, d'archéologie et de linguistique*, París, 1909.

(32) *Die iberische Deklination*, Wien, 1907. Existe una traducción española del Sr. Lastras, aprobada en principio por Hugo Schuchardt, que comencé a publicar en la *Revista Int. de Estud. Vascos*. La corrección de puntos de detalle dió lugar a una larga correspondencia y el autor me rogó suspendiera dicha publicación hasta después de su muerte, pues prefería aprovechar todo el tiempo disponible en nuevas investigaciones.

(33) En la citada conferencia de 1920: *Introducción al estudio de la lingüística vasca*, pág. 11.

(34) Véase lo que dice HUMBOLDT, *Prüfung*, pág. 179-182, acerca de las inscripciones ibéricas.

(35) La bibliografía de la cuestión ibérica es demasiado conocida para que me crea en el caso de incluirla en una nota que forzosamente habría de resultar, aun no señalando más que los trabajos principales, extensísima e incompleta. Sabido es, que gran parte del material lingüístico ibérico consta en *Monumenta Linguae Ibéricae*, de HÜBNER, y en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Respecto a la inscripción de Alcoy, véanse, en especial, HUGO SCHUCHARDT, *Die Iberische Inschrift von Alcoy (Sitzungsber. phil. hist., Kl. 1922)* y *Iberische Epigraphik: Die Bleitafel von Alcoy (Rev. Int. de Estud. Vascos, 1923)*, que traduje al castellano. Consúltense asimismo los trabajos del Sr. Gómez Moreno. (*Revista de Filología Española*, 1922) y *Sobre los iberos y su lengua*, en el *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal*, Madrid, 1925.

(36) «Die geschichtliche Verhältnis zwischen Sprache, Volkstum, Kultur wechselt nach Ort und Zeit in hohem Grade und lässt sich nicht in feste Formeln bringen» (HUGO SCHUCHARDT).

(37) P. BOSCH GIMPERA, *El Problema etnológico vasco y la Arqueología* (*Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1923) y *La Prehistoria de los Iberos y la Etnología vasca* (en la misma revista, 1926). Acerca de las opiniones del Sr. Bosch y Gimpera, desde un punto de vista lingüístico, pueden consultarse W. MEYER-LÜBKE: *Das Baskische* (*Germanisch-romanische Monatsschrift*, XII) y HUGO SCHUCHARDT: *Das Baskische und die Sprachwissenschaft* (*Sitzungsberichte der Akademie der Wissenschaften in Wien*, 1925), reproducido en la segunda edición de *Hugo Schuchardt-Brevier* (1928) de Leo Spitzer. En 1928 he publicado una notita póstuma del lingüista de Graz sobre el mismo asunto.

(38) Esta es la lectura del Sr. Gómez Moreno. Schuchardt transcribió dichas palabras en otras forma—*gaerkan* y *bagaerk*—; pero para el caso es lo mismo, pues es también grande su parecido con formas verbales vascas.

(39) Sin embargo, en la misma inscripción se lee *ildu*, que en vascuence actual quiere decir «le ha matado», cuando, en realidad, deberíamos esperar *ildadu*.

(40) *Grammaire des Langues romanes*, París, 1874. Traducción de Auguste Brachet y Gaston Paris.

(41) *Tercer Congreso de Estudios Vascos*. San Sebastián, 1923. *Influjo del elemento vasco en la Lengua Española*, por D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.

(42) *Romanisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, 1911.

(43) *Die Herleitungen aus dem Baskischen, bꝥw. Iberischen in Meyer Lübkes Rom. Etym. Wb. (bis s. 560)*. *Rev. Int. de Estud. Vascos*, Abril, 1914-Diciembre, 1922 (publicado en 1922).

(44) *Essai d'un glossaire de mots basques dérivés de l'arabe*. (París, 1880).

(45) Véanse acerca de este punto los trabajos de Uhlen-

beck y Schuchardt, en *Beiträge zur Geschichte der deutschen Sprache*, XVIII y XIX.

(46) *Ueber das lateinische und romanische Element in der Baskischen Sprache von Hofrat George Phillips*. Wien, 1871. MIGUEL DE UNAMUNO: *Del elemento alienígena en el idioma vasco*. (*Zeitschrift für romanische Philologie*, 1893; refundición de un trabajo publicado en 1885). Numerosos artículos y trabajos de Hugo Schuchardt y, entre ellos, *Baskisch und Romanisch zu de Azkues baskischen Wörterbuch*. Halle, 1906. — GERHARD ROHLFS: *Baskische Kultur in Spiegel des lateinischen Lehnwortes*. (*Voretzsch Festschrift*). Véanse asimismo los artículos de Leo Spitzer en la *Rev. Int. de Estud. Vascos* y en la *Rev. de Filología Española*, y los de García de Diego en esta última publicación.

(47) HUGO SCHUCHARDT: *Baskisch-Iberisch oder-Ligurisch?* (*Mitt. d. Anthrop. Ges. in Wien* 45, 109-124).

(48) Rousselot no llegó a publicar el trabajo, que proyectaba, acerca de determinados puntos de fonética vasca y para el que había tomado abundantes notas; pero afortunadamente otros autores han aplicado métodos experimentales al estudio de nuestra fonética. Así, NAVARRO TOMÁS: *Observaciones fonéticas sobre el vascuence de Guernica*, 1923; y LARRASQUET en sus dos tesis doctorales: *Action de l'accent dans l'évolution des consonnes étudiée dans le Basque Souletin. Etude expérimentale précédée de Recherches Experimentales sur l'état actuel et l'évolution des vélares dans le même dialecte*, París, Libraire Vrin.

Los señores Azkue y Ormaechea han estudiado asimismo el acento vasco; pero sin servirse de aparatos.

(49) *Lengua internacional y lenguas nacionales*, San Sebastián, 1919.

(50) *La religión des anciens Basques, par Don J. M. de Barandiaran*. (Extrait du *Compte rendu analytique de la III session de la Semaine d'Ethnologie religieuse, Enghien Belgique, 1923*).

(51) Algunas de estas palabras son, en realidad, arcaísmos españoles.

(52) Respecto a los métodos que deban adoptarse para

tratar de fechar estos préstamos tomados al latín, véase MENÉNDEZ PIDAL: *Introducción al estudio de la lingüística romance*.

(53) Ya de antiguo hubo polémicas acerca de estas cuestiones, como puede verse en la *Apología de la Lengua Bascongada* (Madrid, 1803), de ASTARLOA, y en la *Semana Hispano Bascongada* (Pamplona, 1804) de SORREGUETA. En época moderna trataron, entre otros, del mismo asunto M. de Charencey y Julien Vinson, pero el estudio más completo y metódico acerca del calendario vasco es el que presentó Georges Lacombe en el Congreso de La Haya.

(54) W. GIESE: *Die baskischen Zahlen*. (*Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1928).

(55) Acerca del mayal, puede verse HUGO SCHUCHARDT: *Sachwortgeschichtliches über den Dreschflegel*. (Tirada aparte de la *Zeitschrift für rom. Philologie*, vol. 34, páginas 257-294).

(56) *Diccionario de los nombres euskaros de las plantas en correspondencia con los vulgares castellanos y franceses y científicos latinos por don José María de Lacoizqueta, presbítero*. Pamplona, 1888.

(57) M. de Charencey, autor conocido por su falta de método, pero que acertó en buen número de sus etimologías, escribió *Recherches sur les noms d'animaux domestiques, de plantes cultivées et de métaux chez les Basques*, París, 1869. Hugo Schuchardt analizó en detalle los nombres vascos de la comadreja en *Romano-baskische Namen des Wiesels* (*Zeitschrift für rom. Philologie*, vol. 36, páginas. 160-169).

(58) GERHARD BAEHR: *Sobre el nombre del plomo en vasconce*. (*Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1926).

(59) EDOUARD DUCÉRÉ: *Les noms d'étoffes et de vêtements en basque*. (Tirada aparte de la *Revue de Linguistique*, 1883).

(60) W. GIESE: *Contribución a la terminología militar vasca*. (*Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1928).

(61) Se da el caso curioso de que casi toda la terminología del juego de pelota es románica y que, en cambio, el

mus (que tampoco es juego exclusivamente vasco como se había creído) ha dado al castellano palabras como *amarraço* y *órdago*.

(62) Claro está que algunos de ellos se referirán probablemente a determinadas variedades y que en todo caso esos cien nombres pueden distribuirse en varios grupos, como lo hizo G. Baehr. Véase el artículo *Los nombres vascos de la abeja, mariposa, rana y otros bichos*, en la *Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1928.

(63) TELESFORO DE ARANZADI: *Tabas y perinolas en el País Vasco*. (*Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1923); HUGO SCHUCHARDT: *Der Kreisel im Baskischen*. (Id. 1924); JULIO DE URQUIJO: *Tabas y Peonças en el País Vasco*. (Id. 1924.)

(64) Acerca de la preferencia que debe darse al diccionario sobre el atlas lingüístico, en aquellos casos en que no sea posible llevar a cabo ambos trabajos, véase LEO SPITZER: *Atlas linguistique ou dictionnaire?* (*Rev. Int. de Estudios Vascos*, 1928), Cf. ANTOINE MEILLET (id. 1929).

(65) El P. Luis Thomassin, S. J. (1619-1695). Véase *Un libro curioso*, artículo del R. P. Joaquín Azpiazu, en la *Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1913. Thomassin, siguiendo las ideas de su tiempo, creía que todas las lenguas descendían del hebreo, y trató de probarlo en su obra.

(66) Véanse *Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1909, págs. 17 y 41, y YOSHITONI (M.): *Anthologie de Littérature Japonaise contemporaine*, Grenoble, 1924.

(67) F. BUTAVAND publicó en 1918 *Analogie de l'Etrusque avec le Basque*, sin más información respecto al vascuence que la gramática suletina de Gèze (Bayona, 1873). Tampoco han tenido aceptación otros ensayos posteriores de emparentar al vasco con el etrusco, como por ejemplo el de K. Ostir.

(68) *Ueber die Meinung der nahen Verwandtschaft des Vaskischen mit Americanischen Sprachen* (Prüfung. páginas 173-177).

(69) Véanse, en prueba de ello, los artículos del profesor UHLENBECK: *Le caractère passif du verbe transitif ou du verbe d'action dans certaines langues de l'Amérique du*

Nord. (*Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1922) y *Le tchouktche et le basque* (en la misma publicación, 1925).

(70) Uno de los mantenedores más recientes de esta hipótesis ha sido R. GOUTMAN en *Essai d'un petit vocabulaire basque ougro-finnois*. (*Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1923). CF. HUGO SCHUCHARDT, *Zu R. B.* 7, 571 ff. (íd., 1925, páginas 169-170).

(71) El célebre profesor de celta de la Universidad de Oxford, Sir John Rhys, me escribía, en efecto, desde Jesus College, el 12 de Febrero de 1907, lo siguiente: «As to my paper on the Pictish inscriptions I ought at once to tell you that I am not considered to have succeeded in proving any linguistic connection between the Picts and the Basques and I fear my theories as to Basque Philology are not sound so I would rather that they were not republished».

(72) ALFREDO TROMBETTI: *Le origini della Lingua Vasca*, Bologna, 1925.

(73) HUGO SCHUCHARDT: *Nubisch un Baskisch*, París, 1912. (Tirada aparte de la *Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1912.)

(74) HUGO SCHUCHARDT: *Baskisch und Hamitisch*. París. (Tirada aparte de la *Rev. Int. de Estud. Vascos*, 1913.)

El profesor CLAUDIO GIACOMINO había publicado ya, en 1892, *Delle relazioni tra il Basco e l'antico Egizio* (*Estratto dai Rendiconti del R. Istituto Lombardo*) y HR. VON DER GABELENTZ, en 1893, *Baskisch und Berberisch*.

(75) «Only a few decades ago linguists were sharply divided into groups, which had hardly any points of contact, and in fact did not try to come into contact with each other.

Since those days a great change has come over us. While Herman Möller believed to have found conclusive proof of an Indo-European-Semitic relationship, Hugo Schuchardt looked for traces of some kind of kinship-relation between Basque and Semitic Hamitic, nor did the similarities between Basque and many languages of the Caucasus escape the searching eye of the immortal linguist of Graz».

(El profesor Uhlenbeck en su discurso de apertura del Primer Congreso de Lingüistas de La Haya.)

Discurso

de

D. Vicente García de Diego

SEÑORES ACADÉMICOS:

Nuevamente la benevolencia de mis compañeros me confiere el honroso encargo de recibir y contestar a la representación del vascuence en la Real Academia de la Lengua.

Fué ayer para recibir al gran lexicógrafo que con insuperable actividad ha reunido y ordenado el mayor número de materiales para la catalogación de ese maravilloso idioma. Y es ahora cuando llevo su voz para la recepción del ilustre patricio y Meceñas, cultivador afortunado y protector entusiasta de los estudios vascos, nuestro nuevo compañero don Julio de Urquijo, individuo de la Academia de la Lengua Vasca, cuyo nombre aparece asociado a todas las empresas importantes que en los últimos tiempos se han iniciado para fomentar el estudio del vascuence.

Es la labor que aporta el Sr. Urquijo copiosa y selecta, sumando en total unos doscientos trabajos, en su mayor parte referentes a bibliografía, historia, etnografía y lengua vasca. Era una de las dificultades más graves con que se tropezaba en el estudio

del vascuence la escasez de textos. La ausencia de una vieja literatura impide irremediablemente fijar los términos precisos de la evolución histórica de esta lengua en el período paralelo al de la evolución románica. Pero además se unía a esta falta invencible la dificultad de manejar las pocas obras conocidas desde el siglo XVI, que o permanecían inéditas, o constituían rarezas bibliográficas, difícilmente asequibles a los investigadores del idioma, principalmente a los extraños. Conocedor el Sr. Urquijo del valor primordial de las formas arcaicas, jalones preciosos para determinar genealógicamente la estructura y evolución ideal del idioma, ha tenido como preocupación capital de sus investigaciones la de los antiguos textos del vascuence, y su recto criterio lingüístico, su amor a la lengua y su liberalidad le han llevado a imprimir y divulgar obras mal conocidas. Entre las publicadas por él merecen citarse las *Obras Vascongadas del Doctor Labortano Joannes d'Etcheberry*, las de Axlar, Tartas y Conde de Peñafloída, los *Refranes y Sentencias de 1596*, y un *Catecismo Vascongado de 1759*.

A la bibliografía y recapitulación histórica de los trabajos sobre el vascuence, tan difíciles de poseer, y a veces aun de conocer, por su diversa procedencia, ha consagrado el Sr. Urquijo sus mayores desvelos. Síntesis de la historia moderna de estos estudios son sus monografías *Les Etudes Basques*, París (1912), y el *Estado actual de los estudios relativos a la Lengua Vasca*, discurso pronunciado en el Congreso de Oñate de 1918.

La producción bibliográfica del Sr. Urquijo, diseminada en revistas y publicaciones diarias, es

considerable. Son especialmente interesantes sus notas sobre la primera edición del libro del capitán D. Juan de Perocheguy, sobre el *Catecismo de Arzadun* y sobre las monografías *The Leizarragan Verb* y el *Vascuence de Sara* de Schuchardt.

El estudio del idioma ha merecido de él también importantes trabajos, como *La forma verbal deustat*, *Aglutinación y desaglutinación*, *El vascuence de San Juan de Luz*, *Observaciones sobre los pasajes en vascuence de Marineo Sículo*, *La lengua vasca y la lengua china*, y diversos artículos etimológicos.

A curiosidades folklóricas ha dedicado importantes estudios. Tema predilecto de los afanes del Sr. Urquijo ha sido la recolección y estudio comparativo del refranero vasco. De excepcional interés son las colecciones de Sauguis y Garibay y la descubierta en Darmstadt, aunque no son sino una parte reducida del gran caudal allegado por él. En estos trabajos al afán del colector se une la curiosidad científica, y así el Sr. Urquijo no se limita a la publicación, sino que ordena y estudia en estos materiales las posibles influencias del refranero francés y castellano.

Hasta aquí los frutos tangibles de sus estudios. Tan valiosos como ellos son los derivados de su actividad y de sus estímulos para despertar interés por el vascuence. Al servicio siempre de cuantos podían aportar una ilustración a este idioma, el Sr. Urquijo ha brindado generosa ayuda y ha mantenido relación constante con los investigadores nacionales y extraños, prestando su anónima y desinteresada colaboración a toda obra seria. Muy especialmente colaboró en las investigaciones que el

abate Rousselot realizó en el país vasco y mantuvo correspondencia con los grandes vascólogos modernos, especialmente con Schuchardt y Vinson. La sección vasca del Museo Etnográfico de Viena y el archivo fonográfico reunido por Trebisch tanto se debe a la preparación científica del profesor vienés como al entusiasmo y cooperación del Sr. Urquijo. Como reconocimiento de esta cooperación valiosa y de su prestigio científico entre los más altos cultivadores de la lengua vasca, la Universidad de Bonn le confirió el título de Doctor Honorario.

También es preciso destacar la parte principal que el Sr. Urquijo ha tomado en la fundación del Museo Etnográfico de San Sebastián, de la Sociedad de Estudios Vascos y de la Academia de la Lengua Vasca, así como en la organización de los congresos regionales.

Debemos citar finalmente como obra perdurable en la historia del renacimiento literario la fundación por el Sr. Urquijo de la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, órgano de la Sociedad de este nombre, y archivo precioso, que ha servido para agrupar a los vascólogos de diversas naciones y para poner al alcance de todos trabajos de la más difícil adquisición.

Esta sola empresa, de la que es alma el señor Urquijo, por lo que significa en la renovación de los estudios vascos, bastaría para que su nombre fuese imperecedero en el agradecimiento de los vascófilos.

En el discurso que acabáis de oír, resalta la ecuanimidad científica a que su experiencia y su temperamento le llevan, y la elegante ponderación con que enjuicia los problemas de su lengua. Frente al crite-

rio interesado o pasional que prejuzga, que tuerce interesadamente la realidad o busca un instrumento dócil en supuestas verdades, su criterio, puramente objetivo y desentendido de preocupaciones secundarias, no tiene más norte directo que el de la ciencia misma. No hay que decir que las tesis preconcebidas sobre la lengua vasca las rechaza de plano, comprendiendo que más temor que a las verdades científicas que aparentemente puedan herir el orgullo patriótico, hay que tener a los que con falsedades y destemplanzas de un patriotismo oral ponen juntamente en ridículo y en descrédito a su patria y a la verdad.

Grande es el conocimiento del vascuence que el Sr. Urquijo posee; pero es lo más significado la honradez de su conocimiento, aún más deseo que posesión, como es la ciencia verdadera, más inquietud que satisfacción y dominio.

Clara y concisamente ha expuesto el Sr. Urquijo en su erudito discurso el estado actual del gran problema del euskarismo, ambiciosamente desenfocado y prematuramente resuelto con afirmaciones simplistas, que más que luz han sido a veces estorbo para la investigación modesta; ambición explicable, porque es más glorioso descubrimiento el dar por anticipado con la clave de un idioma y su filiación, que el del oscuro obrero de la ciencia que persigue y desmenuza las vetas; ambición que hay, por desgracia, que refrenar cuando el *eureka* decisivo no surge y cuando las impacientes declaraciones se contradicen y fracasan. Cuando esta discrepancia se produce por exceso de fantasía y falta de pruebas, más útil que fomentar las porfías de si el vasco es indoeuropeo o semítico será revisar los métodos e intensificar

la documentación de este pleito difícil, y sobre todo, afinar los medios de investigación, hasta constituir la fonética científica y dar con las normas ideales que han presidido la constitución del vascuence.

De la familiar desenvoltura con que se identifica el vascuence con el ibérico y hasta con el japonés habéis oído curiosos casos. No era menor la buena fe de Mayans al aceptar la anécdota del Cardenal Salerno, que sin saber vascuence lo entendía por medio de las lenguas orientales, y la de Haramburo, que afirmaba cómo los vascos se entendían con ciertas tribus argelinas, sin más verdad ni más razón que su preocupación del entronque del vascuence con el berberisco. Por ser en el vascuence peregrino todo, algunos de los que lo conocen hasta han creído entender remotos idiomas, cuando las lenguas hermanas más allegadas no se entienden en conjunto y cuando oralmente no son del todo inteligibles entre sí los mismos dialectos vascos.

Al hablar de falta de pruebas para la filiación definitiva del vascuence, se entiende de falta de pruebas convincentes, porque en pocos de los idiomas misteriosos se han acumulado más semejanzas ni se ha llegado a una bibliografía tan copiosa.

Parecía camino seguro de la identificación la semejanza en los tipos de vocablos y en los aspectos gramaticales; y así, mientras perduró la fe científica en la división de lenguas aglutinantes y flexivas, se volvió los ojos a las urálicas y a las americanas, preocupación doble de Charencey, sobre la cual ha caído el olvido al verse que el vascuence es aglutinante y flexivo a la vez, y que una lengua generaliza desmesuradamente a lo mejor un procedimiento

que en otra lengua hermana se detiene o se atrofia.

Más seguro para la filiación histórica que la identidad de ciertos moldes pareció a algunos la identidad del contenido, que revela identidad de origen o transfusión de cultura, lo que es igual que préstamo de idioma; y así, para otros el camino fué hermanar las voces del vascuence con las del hebreo, el egipcio, el caldeo, el georgiano, las hamíticas y nubianas. Esta ruta es la que han emprendido los soñadores y los más ilustres maestros modernos de la filología comparativa, desde Larramendi y Astarloa hasta los vascólogos de mejor instrumental científico, como Schuchardt, Gerland, Vinson, Philippon, Goutmann, etc. Y esta es la vía que probablemente conducirá a la luz ansiada, cuando los datos nuevos se aumenten y los viejos se seleccionen y depuren. Porque el desbroce y eliminación de lo inservible es casi más penoso que la recolección de lo nuevo.

La ligereza o la desaprensión ha permitido en la aproximación de formas del vascuence a las de otras lenguas hasta emplear transcripciones caprichosas de letras, que desorientan y confunden, y alteraciones intencionadas de sentido, que facilitan seductoras aproximaciones.

Pero, aun dejando a un lado todas las tentativas etimológicas de la ignorancia o de la audacia, aun en las más serias hay dificultades con las que toda precaución nunca será excesiva. Uno de los temas predilectos en la relación del vascuence con idiomas remotos ha sido la tentativa de explicar por este idioma los nombres geográficos más apartados, sin caer en la cuenta del escaso valor fundamental de esta

prueba, o fiados en la impunidad de este testimoniar con muertos e idos, de este fácil mentir de las estrellas. La aproximación del parecido casual de la topografía con voces de un idioma es tan fácil como inútil, si no hay ni la presunción de una continuidad histórica.

Del mismo modo, en las voces comunes se da frecuentemente un cierto parecido externo y una casual aproximación de significado, que hace creíbles muchas etimologías falsas, más creíbles que otras verdaderas, mucho más desfiguradas en su aspecto y alejadas en su significado.

Las identificaciones de semejanza externa sin fonética ni semántica científica y sin pruebas históricas, hechas con ingenuidad o con todo el aparato de erudición, son lo mismo, etimología popular, que toma por voces conocidas a cuantas tengan un parecido remoto. El nombre céltico *Gallia* y *Gallaecia* para César no podía ser otro que el latín *gallus* (gallo), y para S. Isidoro era el griego γάλα (leche), para justificar lo cual supone que los gallegos eran más blancos que el resto de los españoles.

La misma relación cierta y científicamente probada de determinado número de voces entre el vascuence y otros idiomas, sólo es prueba sometida a una caución exigente. En primer lugar, es preciso que los términos comunes correspondan al fondo patrimonial del idioma, no ocurra lo que en muchas listas, en las que como prueba de parentesco se aducen ejemplos de origen románico, a veces de introducción reciente. Así, las voces vascas que se citan como hermanas del celta no prueban necesariamen-

te un parentesco, sino un contacto de cultura con esta lengua o con sus herederas.

Nada de extraño puede parecer esto si en una cosa que tocamos con las manos, como las románicas, las coincidencias las referíamos todas al latín vulgar, hasta que la pesquisa histórica de cada palabra nos está probando que las supuestas creaciones del latín común no eran sino formaciones medievales que un país románico prestó a los demás.

Por último, hay que huir de la prueba excesiva. Un elemento desconcertante que se ha manejado para relacionar el vascuence con diversos idiomas, es el que constituye lo que podíamos llamar patrimonio humano, naturalmente común, especialmente el extenso fondo onomatopéyico vasco, que ha servido para soñar relaciones familiares y hasta para demostrar alternativas fonéticas. Ni la identificación del hebreo *bur* con el vasco *borbor* (ebullición) prueba nada, ni *danda*, *danga*, *tanka* (golpe), pueden servir, como quieren Uhlembek y Gavel, para fundamentar leyes fonéticas.

Otras veces se citan por prueba de parentesco voces que por la excesiva difusión carecen de valor probativo. Nada vale para la relación del vascuence con el caldeo el parentesco real o supuesto del vasco *nerabe* (muchacho), con *ner* (fuerte), si *ner* está en el avéstico, *nar* (hombre), y en el osco, *ner* (varón), y en el latín, *neriosus* (fuerte).

Una prueba excesiva, que pudiéramos llamar prueba en contra, es la del parecido acentuado del vascuence actual con viejos idiomas. Si el vascuence, como el Sr. Urquijo agudamente advierte, se ha escindido en dialectos y ha envejecido, sufriendo

cambios importantes desde los textos del siglo XVI, toda etimología basada en su supuesta invariable juventud, es sospechosa.

La pretendida invariabilidad no ha impedido desfigurar voces como *foenuculu* en el suletino *puhullu*, *denariu* en *diru*, etc., y suprimir hasta vocales originalmente tónicas, como en *boli* de *ébore*, y emplear las alternativas consonantes de grado de distintos órganos.

Aunque no es el vascuence una lengua de desgaste fonético, como el francés o el español, no tiene apoyo histórico la leyenda de su inmutabilidad. La resistencia a la destrucción de voces la atribuyo a la fineza de su sentido intencional, que permite mantener la homofonía de palabras del sentido más diverso, como *un* (tuétano, bueno, hacienda y hastío) que en cualquier románica hubiera muerto por colisión mental. En cambio, favorecen las incontables permutaciones de letras—esas permutaciones que las fonéticas nos citan de un modo inexpresivo e inerte—una fina sensibilidad auditiva, que pide asimilaciones interiores y sintácticas, sobre todo en el complicado y oscurísimo mecanismo de su composición. Lejos de asentir al concepto absoluto del tradicionalismo cerrado del vascuence, yo creo que su característica ha sido la transigencia y la inteligente amoldación. Es más, a esto atribuyo lo fundamental de su evolución y su propia vida.

El vascuence ha sobrevivido, es cierto, ayudado por su situación geográfica, pero principalmente por una virtud biológica, por ser una lengua traductora. Esta facultad traductora es índice seguro de la estabilidad y poder de reacción.

En el asalto de los idiomas prepotentes por su cultura la virtud es pactar, dar la bolsa antes que la vida. Toda nueva realidad importada, sea objeto o sea idea, se impone en los idiomas con un marbete, que es su nombre específico. Aceptarlo es extranjerizarse y desnaturalizarse; traducirlo es renovarse. Esta rara virtud de crear por traducción, en un círculo de lenguas pasivas y penetrables, es lo que explica mejor que todo hecho histórico la maravilla de su supervivencia.

El vascuence, de no tener el orgullo de su personalidad, pudo tomar prestadas las palabras *teatro*, *tecla*, etc.; pero el sentimiento de su vitalidad le hizo inventar *antxoki* (lugar de arte), *bolik* (cosa de marfil). Se podía decir que cuando aceptaba del latín *boli ebore*, no daba muestras de tal sentimiento; pero es que, en rigor, frente a la realidad de la substancia y nombre del marfil, no acertó a hallar sustitución entre sus recursos. Esta ley de economía ha presidido a las importaciones del vascuence: aceptación simple de lo intraducible, restricción en las palabras que podía derivar o elaborar en sus propios moldes.

Y esa facilidad de la traducción la tiene el vascuence a su vez por otra característica vital, por producir normalmente el tipo de frase adnominal, el tipo del francés *pomme de terre*, que es esporádico o anormal en otros idiomas, y que en nuestras lenguas hidalgas, por el prestigio del abolengo y de la herencia latina, tomamos por señal de penuria lógica. La virtud de impenetrabilidad y de resistencia a la desaparición que mostraría el alemán, el más vivo de los indoeuropeos, lo ha tenido en grado superior el vascuence.

De las soluciones propuestas para explicar la filiación del vascuence, la que más fuertemente atrae al Sr. Urquijo es la teoría camítico-semítica, en el fondo la misma que sostuvieron los primeros vascólogos españoles y nuestros orientalistas, señaladamente Fernández y González, y la que después han renovado con nuevos datos y argumentos Schuchardt y Trombetti. Cauta y modestamente, sin embargo, el Sr. Urquijo habla sólo del probable parentesco con estas lenguas, advirtiéndolo, además, que no es posible aún concretar de qué clase de parentesco se trata. En efecto, aun acentuando la actitud recelosa que impone la comparación de lenguas cronológica y geográficamente tan apartadas, y después de rechazar de entre la multitud de términos egipcios, caldeos, hebreos, púnicos y berberiscos un gran número de voces vascas que tienen otra clara filiación, que son comunes al indoeuropeo o que caprichosamente se han comparado, queda todavía un grupo considerable de palabras para las que no se halla relación en otras lenguas que ofrecen parecido de raíces y de sentido con las de las lenguas camítico-semíticas.

Por hoy no cabe, en efecto, más que admitir que parte importante de las raíces vascas tienen semejanza con las de las lenguas semíticas y no con otros grupos, sin que sea posible pensar en una filiación concreta mientras permanezca para nosotros ignorada y rota la continuidad de las razas y hablas hispánicas y del norte africano en los períodos prerrománicos.

La misma posición media de confianza y de cautela parece necesario adoptarse en el problema lin-

güístico del iberismo. A pesar del justificado descrédito de tantas demostraciones de identificación del vascuence con la lengua llamada ibérica de otras regiones españolas, parece indudable que en un tiempo dado hubo en una gran parte de la península una comunidad lingüística, sea de identidad o de afinidad dialectal. El caso es no ir demasiado lejos en las conclusiones, ni condenar hechos ciertos por audaces hipótesis.

La cuestión es no confundir razas y lenguas con doctrinas gramaticales, ni ligar y comprometer hechos evidentes en el posible error de nomenclaturas o doctrinas lingüísticas, o en el posible fracaso de teorías etnológicas. Podrá ser cierta o no la identificación del euskarismo con el iberismo, y podrá dudarse si una raza a la que los vascones pertenecen ocupó gran parte de la península; pero el hecho indudable de que nombres característicos son comunes en Iria Flavia, Ilíberis y Vasconia, prueba que en un momento estas regiones extremas coincidieron en una estrecha relación idiomática, fuese identidad o afinidad dialectal, fuese patrimonio o fuese préstamo; y contra este hecho nada pueden las dificultades del reparto étnico, que nada prueban, además, sin tener en cuenta el sincronismo con las lenguas.

La solución que puede acelerar quien logre una afortunada interpretación de textos, como los plomos de Alcoy, no ha de ser, probablemente, rotunda y simplista. No sólo por los antecedentes históricos, por la serie de influencias que sobre el solar vasco han ido pasando, renovando desde sus cimientos su cultura, sino por esas mismas condiciones biológicas de adaptación del vascuence, es de creer que el

resultado del balance sea un complejo de elementos en que acaso lo menos numeroso sea lo original. Como en el cuento de los mojonos o catadores del *Quijote*, acaso todos tengan razón. El vino del vascuence ofrece, como el del cuento de los escuderos, sabor de vino y cordobán, de semitismo y de indoeuropeo, y para definir cuál de ellos es el específico, mejor que las porfías cerradas será vaciar el contenido y remirar uno a uno todos sus elementos, sustituyendo las discusiones genéricas con la catalogación lenta y paciente de sus principales términos.

Contrastando con esta audacia de buscar influencias de las más remotas lenguas en el vascuence, la mayoría de los filólogos (descartando un pequeño grupo de españoles que han visto euskarismos hasta en las voces románicas más conocidas) se ha mantenido una timidez exagerada al pensar en las posibles influencias del vascuence en el español. Y digo *a priori* timidez excesiva porque, aunque no fuese cierta la existencia de una masa dialectal afin al vascuence en diversas regiones peninsulares, no se comprende que el castellano, nacido principalmente en las montañas de la alta Castilla, en una zona de fuerte influencia vasca, dejase de moldearse en parte sobre tipos preexistentes. Porque decir que no conocemos con seguridad más que un par de docenas de voces vascas incorporadas tendría valor si se hubiese apurado la investigación etimológica de nuestra lengua, pero apenas significa algo cuando nuestro conocimiento ha dejado al margen centenares de voces oscuras, sufijos exclusivos del romance español y giros peculiares, cuyo origen no acertamos a vislumbrar. En las mismas influencias de pronunciación

tal vez se han desechado demasiado precipitadamente casos importantes. Aparte del caso de confusión de *b* y *v*, y de la pronunciación de *s*, el Sr. Urquijo nos ha hablado de la posible influencia vasca en el paso de *f* a *h*, teoría en baja en el concepto de los filólogos modernos, aunque en el más modesto de ellos esta teoría conserve todo su prestigio y valor. No se le alcanza a éste en efecto por qué sólo en el castellano y en el gascón entre todas las románicas ha evolucionado la *f*, y ante este argumento los reparos tienen reducido valor, aunque esos reparos parezcan fundados.

De las objeciones, una es filosófica, cómo pudo prestar el vascuence una *h* que no tenía, y otra cronológica, cómo el vascuence pudo influir en una evolución cumplida al fin de la edad media. Pero ambas en la biología práctica de las lenguas carecen de valor. El vascuence no necesitaba tener ni prestar la *h*, sino que bastaba con que tuviese y prestase un antecedente de ella. Aunque fuese cierto que la *h* hubiera nacido en la pronunciación cuando apareció en la escritura, bastaba con que una región euskarizada no articulase como labiodental sino como labial, probablemente aspirada, la *f* latina, para que con el tiempo ésta se convirtiese en la aspiración *h*; y que el vascuence, y probablemente sus regiones limítrofes, no acertaron con la articulación labiodental es evidente. Tan persistente es esta articulación labiodental, que ninguna románica ha podido modificarla, mientras que la bilabial, impuesta en la región vasca, por su inestabilidad, había de evolucionar, escindiéndose en *h* en unas zonas y en la pura labial *b p* en otras.

Muchas luces puede aportar en todas estas cuestiones la gran cultura del nuevo académico, en quien el amor a su lengua no oscurece la claridad del juicio. Sin necesidad de estímulos, el Sr. Urquijo pondrá, como siempre, su entusiasmo al servicio de cuanto pueda enaltecer los estudios vascos. Al darle hoy la bienvenida cordial en nombre de la Academia, debemos expresar nuestra esperanza de que su entrada en esta casa sea provechosa para la lengua milenaria que representa y para la filología española.

